

CRONICA CULTURAL

Termina Ramón de Basterra *Los náufragos de la Ilustración*, escapándosenos desde el azul turquesa de los mares antillanos al mundo cultural carlotercista, para mostrarnos la similitud que a él se le antoja existente entre ese nuestro local y empelucado renacimiento de las letras y las artes y el que contempló, en tiempos ya del autor, el reinado de Don Alfonso XIII. Paralelo semejante pudiera haberse establecido con la hora actual. Se ha establecido en cierto modo. Pues no otra cosa significa el que en el *Boletín de la Real Sociedad Económica de Amigos del País*, aparecido por estos días en la capital de Guipúzcoa, por obra y gracia de un grupo de vascos, se nos vayan éstos a buscarle genealogías a su obra en aquellos “caballeritos” de Azcoitia que allá por el XVIII trataron de importar el aliento científico que nos faltaba; caballeritos a propósito de los cuales no es cosa de entrar aquí en impertinentes disquisiciones sobre tal cual acusación de volterianismo, tal cual sospecha, más o menos fundada, de tibieza patriótica, sino de señalarlos en cuanto españoles dispuestos a devolver a su patria algo que justamente acababa de írsele de las manos: la ciencia. No es otro, salvando posibles diferencias de no escasa monta, el norte del movimiento con que hoy tenemos que habérnoslas. Y es eso cabalmente lo que le distingue de cuanto hasta sus inicios se ha dado en España. Gente de letras no ha faltado, ciertamente, a lo largo de nuestro turbulento siglo XIX. Gente de ciencia ya ha escaseado. Unión de gentes de letras, unión de gentes de ciencia, eso no lo habíamos conocido hasta ahora. La ayuda a los unos y a los otros, en la proporción en que hoy se concede, menos. Es por eso por lo que podemos hablar con entera licitud de novedad.

Mas es por eso, también, por lo que, a buen seguro, lo más interesante de cuanto pudiera decirse en esta crónica no podrá ser dicho; habría que aludir al silencioso quehacer de Centros y Academias, al lento fecundarse de unas semillas cuyo fruto no puede esperarse por ahora, y es claro que las crónicas sólo a los frutos pueden atenerse. Mas no son éstos, por otra parte, tan escasos como para que no pueda juzgarse por ellos de lo que del futuro podamos esperar. Díganlo, verbigracia —y vayan estas nuevas por delante como eslabón entre el año cuyos dos primeros meses revistamos y el pasado—, los premios nacionales de Periodismo y Literatura correspondientes al año 1944.

LOS PREMIOS NACIONALES
DE LITERATURA Y PERIODISMO

Se han concedido a Eugenio Montes, el de periodismo "Francisco Franco"; a Agustín del Río, Federico Izquierdo Luque y Pedro Salvador, el de periodismo "José Antonio"; a José Antonio Pablo Alvarez Rubiano, el de literatura "José Antonio". A este último por su obra *Pedrarías Dávila* (el tema era "América"); a los anteriores por su labor periodística. Federico Izquierdo y Agustín del Río, conocidos por sus trabajos de índole doctrinal y dentro del periodismo, han ganado conjuntamente una parte, podría decirse, del Premio "José Antonio", puesto que la otra se ha concedido a Pedro Salvador, también periodista, que ha saltado de la reposada consideración del Derecho internacional que puede tener un profesor en la Universidad de Valladolid a la apresurada y siempre alerta actitud de quien desde las páginas de la prensa debe seguir el correr de las cosas del mundo en días como éstos; Salvador es, además, miembro del Instituto de Estudios Políticos. En cuanto a Montes, académico de la Real Española, poco de nuevo descubrirá esta recompensa añadida a su labor. Tan amplia y honda es ésta. En verdad que, en la hora presente, somos muchos a lamentar que *Melodía italiana* y *El viajero y su sombra* no hayan visto unírseles nuevos nombres en el coro de las obras moderada-

mente voluminosas de Montes; tan de lamentar es ello que no ha faltado quien, como Salvador Lissarrague, hoy catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Oviedo, haya pretendido públicamente y con la máxima solemnidad haber apurado la lectura de un tomo de casi dos mil páginas de apretada letra conteniendo las "Obras completas" de su paisano. Pero es el caso que si reuniéramos cuanto el último ha dispersado pródigamente por esos mundos de Dios en mil hojas volanderas, lo que nos resultara no iría, a buen seguro, muy a la zaga del libro soñado por Lissarrague; ni aun, seguramente, en densidad. Desde sus primeras crónicas, allá por el 1933, este viajero de todos los caminos e infatigable pensador ha sabido aunar, con una elegancia que nunca le agradeceremos bastante, lo de siempre con lo pasajero, ligando unas ideas perdurables con los graciosos lazos de lo circunstancial, y ha logrado así irrumpir en nuestras meditaciones con un cuerpo de doctrina cuya unidad no puede dejarse de apreciar en las mil facetas de la expresión. En el homenaje que se le rindió por su triunfo lo recordó José María Pemán. No es el de Montes —dijo el Presidente de la Real Academia Española— pesado aleteo sobre la superficie de lo mediocre, sino "bellísimo y sutil artificio que se mueve, sin embargo, sobre una tierra firme". Quienes le escucharon por las tierras hermanas de América, cuando fué a ellas, mensajero de nuestra España, podrán atestiguarlo. Que Montes después recogiera sólo una parte de las palabras de Pemán no es prueba en contrario que valga. "Si no dejé estela —dijo, en efecto, el escritor—, sí tuve estrella a que dirigir mis pasos." Tuvo norte hacia el cual orientarse, estrella en el cielo guiándole, sin duda; pero es el caso que también ha dejado estela. ¿Con sus escritos sólo? Recordemos que el mismo Montes adujo, como justificantes de su manera dispersa de enseñanza, los nombres ilustres de Unamuno, de un Ortega y Gasset, de un D'Ors, que por cierto sigue publicando, día a día, su *Novísimo glosario*, en tanto le llega el ángel que, regalado por sus amigos, esculpe en Barcelona Marés, el restaurador de las tumbas de los Reyes de Aragón, en Poblet. Pudo haber agregado Montes que, junto al magisterio escrito de D. Miguel, de D. José o de D. Eugenio, estuvo siempre el magisterio oral. El gran conversador

—o monologador— que es este otro Eugenio, sin “don” ceremonioso, no ha ganado las menos de sus victorias en horas de hablar incesante, siempre denso y ágil a la vez, como él mismo.

SAMUEL ROS, A. DE SANDOVAL,
EL MARQUÉS DE LEMA

Eugenio Montes, escritor, premio nacional de periodismo, mensajero de España en América. Premio nacional de literatura, voz también de nuestra verdad en América, escritor, fué Samuel Ros, fallecido el 6 de enero en Madrid. Había nacido en Valencia el 9 de abril de 1904. El mismo contraste del sol de su tierra natal con la tarde de nieve en que el Señor le llamó a Sí se me antoja ahora un reflejo de la huella que en nuestra cultura ha de dejar el paso del escritor. Pues en él se dió ese agrídulce claroscuro que hemos dado en calificar de humorismo. No están sin duda tan sobradas nuestras letras de esa nota como para que no deba repercutir en ellas la pérdida de quien nos regaló con cuentos temblorosos de una sutil y fina sensibilidad, u obras como *Los vivos y los muertos* —lo más considerable, según se conviene unánimemente, de su producción—, editada por primera vez junto al mar Pacífico durante la estancia del autor en Chile. De su comedia *Víspera*, “Azorín” escribió que era “lo más fino, lo más delicado, lo más patético que se ha representado en los escenarios de España desde hace quince o veinte años”. A Ros pudo alguien colgarle sin más la etiqueta del ramonismo. Pero el mundo mineral, de cosas sin alma, de Ramón Gómez de la Serna, no puede ser identificado, se ha escrito, con el de Ros, “espíritu fino, puro, recatado y silencioso”, como diría el *Mercurio*, de Chile, para el cual las cosas son delgadas paredes de papel en que habita lo humano; mundo que suspira por un Dios ausente, mundo huérfano de un alma, que Samuel Ros fué a buscarle, como Chesterton, por el camino de la paradoja. Había ganado el premio nacional de literatura de 1943 con su libro de cuentos *Con el alma aparte*.

Otro fallecimiento registran aún los primeros días de enero; el de Adolfo de Sandoval, viejo académico, poeta y novelista,

amigo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, autor, además, de estampas musicales de las ciudades que amara, Avila y Toledo. Y otra pérdida aún; la de una figura bien dispar, pero idénticamente dolorosa para el mundo de la cultura: la del Marqués de Lema, a quien aún recordamos en destañadas fotografías de los años de la entonces llamada Guerra Grande, cuando, Ministro de Estado con aquel otro caballero tan correcto y cumplido como él que era D. Eduardo Dato, luchaba en la difícil empresa de mantener a España apartada de la contienda. Diputado conservador en 1891, amigo de Cánovas, de Silvela, de Maura, de Dato, de Sánchez de Toca, de Sánchez Guerra, se vió reelegido sin interrupción mientras el canovismo se mantuvo; después se refugió en una labor de historiador, de la que han quedado documentos como *Mis recuerdos* y los dos tomos de *De la revolución a la Restauración*, de obligada consulta por cuantos se acerquen a los momentos de nuestro pasado que recogieron. Había ingresado en la Real Academia Española en 1934; en la de Ciencias Morales y Políticas, en 1924; en la de la Historia, en 1913, y era actualmente vicedirector de ésta, con efectividad de director, por ausencia del Duque de Alba, embajador de España en Londres.

DOS MESES DE MÚSICA Y TEATRO

Pero hablaba de novedades. Una es la experiencia de un Estado amparando la música, como empieza a ser amparada. Abrió el año un concierto en homenaje a Falla, en el que la música del maestro alternó con la de Turina, la de Halffter o con la filigrana de un "Concierto de Aranjuez", de Rodrigo, dicho a la guitarra por Regino Sáinz de la Maza. Y aparece luego el fallo del concurso musical organizado por la Vicesecretaría de Educación Popular, en que el premio de música sinfónica y de cámara se otorgó a Joaquín Rodrigo, el de colecciones folklóricas al R. P. Nemesio Otaño, el de musicología a Federico Sopena y el de ópera y zarzuela a Jesús Guridi, lo cual supone mucho más si se considera que esos cuatro nombres distan de estar aislados en sus campos respectivos. Un pasado nada remoto puede dar fe de los sacrificios que

tuvo que arrostrar en su camino una Masa Coral de Madrid, que ahora ha celebrado su vigésimo quinto aniversario; de que hoy el camino para la música va volviéndose llano es signo inequívoco, no ya esta gran cruz de Alfonso el Sabio que el Estado ha concedido a Víctor Espinós en sus bodas de oro como crítico musical, sino el constante perfeccionamiento de las Orquesta Nacional; la conversión progresiva de las antiguas Bandas Municipales en orquestas, posiblemente menos tintadas de pintoresquismo, pero sin duda más deseables; las sesiones de la Agrupación de Música de Cámara; la aparición de una Nueva Orquesta de Cámara en Madrid, y, en fin, estos concursos que se convocan, no de modo accidental, sino como principio de una permanente labor, para músicos, musicólogos e intérpretes, resuelto para los dos primeros grupos como ya hemos dicho. Pruebas bastantes, juzgo, para justificar una afirmación.

No resultaría tampoco desmesurada la de que en nuestros días se asiste a una manifiesta renovación de ciertos aspectos de nuestra escena. Se trata de lo que ya empieza a denominarse, un tanto peyorativamente, escenografía. Desde luego, ahí están, a la vuelta, los argumentos de que en el teatro lo primero es el autor, lo segundo es el actor y lo tercero... lo tercero, la escenografía. La cosa se ha dicho, y es ciertamente una gran verdad. También podría yo recordar aquí, si a mano viniera, lo que en alguna de sus escasas y volcánicas críticas teatrales el Pío Baroja juvenil escribió a propósito de la superior belleza que un *Hamlet* representado por unos cuantos actores geniales, aunque salieran en camiseta, presentaría sobre un *Hamlet* tan fastuosamente vestido como alevosamente declamado. Pero mejor será recordar que, en fin de cuentas, todo es conveniente y que no por evitar el extremo de un teatro reducido a *bullet* debemos despreocuparnos desenvueltamente de la presentación. El *Otelo* que González Ruiz ha adaptado para el Teatro Español ha seguido en ello la línea marcada en anteriores representaciones (la última, la admirable de *Fuenteovejuna*) por el teatro de la plaza de Santa Ana; junto a él, el Teatro Nacional, en el María Guerrero, nos ha ofrecido, primero, una versión de la famosa obra de Thornton Wilder, *Nuestra ciudad*, y después la pirueta de *El sombrero*

de tres picos. De D. Pedro Antonio de Alarcón ha sido dicho, con entera justicia, que es el más cinematográfico de nuestros novelistas del siglo pasado; verdad que no ha pasado inadvertida para nuestro cine. De la graciosa leyenda del siglo XVIII, por él recogida en su cuento del corregidor y la molinera, se ha dicho también que es la más teatral de sus obras; verdad de la que se ha aprovechado Escobar y P. de la Osa para urdir esa pantomima fresca y clara como el bailable de Falla, rítmico juego de ironía —ha venido a decirse— que hemos podido presenciar en el escenario donde ya va para tiempo que se nos mostró la maravilla de la *Dulcinea* de Gaston Baty.

Pero también en el teatro hay actores... Por eso han venido el homenaje a Enrique Borrás, vieja y gloriosa figura de nuestra escena, que recibió las insignias de la Orden de Alfonso X el Sabio, como antes Ricardo Calvo, y el homenaje a Lola Membrives, objeto de la misma distinción días después. Heraldo de nuestro mejor teatro el primero, "pedazo vivo de hispanidad ella sola", se ha dicho de la segunda, embajadora de nuestro teatro en su tierra argentina, voz por la cual los nombres de un Larreta, de un Hernández, de un Guiraldes, han llegado a nosotros. De este homenaje y del ofrecido a Espinós, Ricardo Sáenz Hayes, enviado especial en Europa de *La Prensa*, de Buenos Aires, escribió que convenía "señalarlos por su justicia en esta hora de confusión de valores y universal tristeza".

Pero también en el teatro hay autores... No se los ha olvidado, y en el primer Certamen Nacional de Teatro convocado por el Teatro Español Universitario se han establecido premios para obras originales, junto a otros para escenografía, vestuario y adaptación de obras clásicas o románticas españolas y del teatro extranjero contemporáneo.

Añadamos un "pero" más. Pero no sólo hay Madrid... Por eso, bueno será dejar constancia al menos de la labor que en Barcelona (donde, digámoslo de pasada, la vida cultural —en especial la musical— no puede ser más intensa) realiza el llamado Teatro de Estudio de Juan Germán Schroeder, o el "Teatro de Arte", o "El Club Junior", éste en el campo de la ópera, y, ¿por qué no?, de la representación que, como en todas las Cuaresmas, ha tenido lugar en el pueblecito

de Esparraguera —almendros en flor bajo los picos de Montserrat— de los *Misteris de la Passió del Senyor*, último eslabón de una cadena iniciada cuando en 1792 el Padre Antón de San Jerónimo versificó los misterios que de mucho antes venían representándose.

Y OTROS DOS MESES DE PINTURA.

¿Comenzáramos “pero no sólo hay teatro”? Pues es el caso que la actividad de las provincias en todos los órdenes de la cultura no es tan pobre como pudiera pensar el indígena de las grandes capitales. Una revista de Madrid, *La Estafeta Literaria*, ha acertado al dedicar unas cuantas páginas a cuanto sucede fuera. Por ella nos enteramos de que sucede bastante. Hay, por ejemplo, la pintura. Resulta que en San Sebastián se ha inaugurado una exposición de artistas vascos presidida por tres cuadros de Ignacio Zuloaga, entre ellos un autorretrato y “El Chepa de Quismondo”, cuadro archizuloaguesco, del que a muchos interesará saber que estuvo expuesto anteriormente en una taberna madrileña, lo cual es todavía, sin duda, mucho más zuloaguesco, y, casi, casi, lindante con Solana. Resulta también que en Bilbao se ha inaugurado el Primer Salón Nacional de la acuarela, y en Las Palmas la primera exposición de humoristas canarios... de todos los tiempos, me siento tentado a añadir, puesto que allí han aparecido, a lo que leo, una serie de caricaturas que el propio D. Benito —ya se entiende que hablo de D. Benito Pérez Galdós— trazó antes de eternizar la España de su tiempo y de su siglo en la pirámide de sus obras, y que en Lérida aparece otra exposición de humoristas catalanes, y que en Guadix Angel Carretero se revela como excelente pintor mural en las pinturas para la ermita del Niño de la Bola, y que por las Galerias Costa, de Mallorca, desfila continuamente una serie de pintores en todo caso (pues ya se comprenderá que una crónica no es, ni puede ser, ni quiere ser una crítica) merecedores de atención, y que todo ello no es sino mínima parte de un amplio movimiento nacional. Bueno es que hablemos de las exposiciones de Madrid. Sobre una de ellas —la de Juan Cabanas— recuerdo algún artículo de Iain Entralgo incitán-

donos a contemplar en su "Segovia" la espiritualización de una visión de Castilla, la del 98, que nada pierde, sin embargo, de su cruda objetividad; sobre otras —la de Chicharro hijo; la de Juan Guillermo, canario; la de Miguel Villa, catalán—, cambiar de pareceres reveladores cuando menos de interés en lo expuesto. Pero no nos olvidemos por ello de cuanto ocurre fuera.

LA LABOR DE LAS ACADEMIAS

Aun yéndonos al puro campo científico, no es poca la actividad de las provincias. La Universidad de Granada comienza, preparando la conmemoración del quinto centenario de Trento, con una serie de conferencias a cargo de Eugenio d'Ors, Pérez Villanueva, El P. Aldama, S. I., el Padre Beltrán de Heredia, O. P., el Padre Llorca, S. I., el Padre Crisógono, de la Orden carmelitana, el Sr. Bonet, el catedrático de la Universidad granadina Sr. Gómez Arboleya, y el Marqués de Lozoya, director general de Bellas Artes; y siguen Sevilla, que prepara para la primavera la conmemoración de Nebrija con una exposición de las obras del maestro esparcidas por las bibliotecas españolas, y Santander, donde la Sociedad Menéndez y Pelayo anuncia la publicación íntegra de los papeles inéditos del polígrafo, comenzando por sus conferencias en la Cátedra de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid, y continuando por el epistolario de D. Marcelino con su hermano Enrique, las explicaciones en la cátedra de Historia de la literatura española (aquellas explicaciones que el bedel evitaba tantas veces interrumpir para que sólo el morir del día cortara el desbordarse del saber del maestro) y la bibliografía para su gran proyecto de una Biblioteca de traductores españoles. Y otra vez Sevilla, donde la Real Academia de Buenas Letras cumple su CXCIV aniversario. "En dieciséis días de el mes de abril de 1751 se celebró la primera Academia o Junta en esta Casa de el que suscribe (interín que se elige secretario) a que asistieron...". Así nació esta entidad, oficial desde la aprobación de sus estatutos por la Real Cédula de 22 de abril de 1752, y acogida a la Real protección de Fernando VI por Real Cédula de 11 de junio del año dicho.

Nació para el cultivo de las letras humanas y de las ciencias exactas, morales y filosóficas (que al parecer por eso se llamó de Buenas y no estrictamente de Bellas Letras) y especialmente de las auxiliares de la Historia. Hasta nuestros días.

Pero hemos hablado de Academias, y eso nos devuelve a Madrid, donde el Instituto de España celebró también el centenario de Nebrija con un acto en que se entregó al Ministro de Educación, con destino a la Biblioteca Nacional, un ejemplar, donado por D. Carlos Sauz, de la edición rarísima de 1507 del *Vocabulario latino-catalán y catalán-latino*; a Madrid, donde en la inauguración de curso en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, el mismo Ministro impuso las insignias de la cruz meritisísima de San Raimundo de Peñafort a D. Felipe Clemente de Diego. D. Felipe Clemente de Diego fué catedrático de Derecho civil en la Universidad Central hasta hace ocho años, en que le alcanzó la edad de la implacable jubilación; es ahora presidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación y del Tribunal Supremo de Justicia; es, además, primerísima figura en nuestros civilistas; sobre todo eso ha sido, para los que pasamos por las aulas más o menos tenebrosas de la Central en tiempos en que solía estudiarse con harta menos unanimidad e intensidad que ahora, paternal patriarca que jamás pasó, ante la ignorancia tenebrosa de tal cual examinando, de una sonrisa bondadosa tras sus barbas, sonrisa que aun los más descomunales yerros jurídicos se mostraron incapaces de alterar.

LOS NUEVOS ACADÉMICOS

Pero prosigamos con las Academias.

Director de la Real de Bellas Artes de San Fernando ha sido reelegido el Conde de Romanones, que justamente ahora acaba de añadir a su ya crecida colección de jugosas y ágiles obras una nueva: su *Breviario de política experimental*, un minúsculo tomito en 4.º, donde en 172 páginas el por antonomasia "travieso político" ha exprimido su sabiduría, que es mucha, y su experiencia, que es mucho mayor todavía, en un centón de máximas que el ingenio del Conde nos induce

a leer de un tirón con no menor delcete que provecho. Había ingresado en la Real Academia de Bellas Artes en 1907, en la vacante de Silvela. Desde 1910 ha sido sin interrupción director, y lo será hasta 1947 si para entonces no es reelegido, como le deseamos desde luego.

Por su parte, la Real Academia gallega, fundada en 1906, ha nombrado académicos de honor a D. Ramón Menéndez Pidal, al Doctor Eijo Garay, obispo de la diócesis de Madrid-Alcalá, y a "Azorín", que, por cierto, sigue produciendo con admirable regularidad y ahora mismo ha lanzado una novela que él llama "rosa", *María Fontán...* Y en la Real Academia Española se han verificado elecciones, de las que han resultado electos D. Juan Ignacio Luca de Tena, Marqués de Luca de Tena, que se sentará en el sillón Q, vacante por el fallecimiento de Linares Rivas; el almirante Estrada, que irá al V, ocupado anteriormente por Antonio Machado, y D. Emilio García Gómez, cuyo sillón, el número B, perteneció a Ricardo León. Bien dispares figuras, ya se ve, salvo en el caso de Luca de Tena, autor de teatro como Linares Rivas; pues mucho media entre las actividades científicas del almirante Estrada y el soñar en la tarde caminos perdidos del inolvidable cantor de Castilla; mucho separa al autor de *Casta de hidalgos* del insigne arabista discípulo de Asín; úneles, empero, la persecución de un mismo fin cultural. Que es lo que enlaza, en fin de cuentas, a tantos nuevos académicos como últimamente han ingresado en las diversas Academias del Instituto de España: los dichos, en la Española; el Conde de Rodezno, en la de la Historia; Manuel Cárdenas, en la de Bellas Artes; Eduardo Torroja, Juan A. Suances, Otero Navascués, Juan Ventosa, N. Benítez Inglott, el Padre Barbado y Eugenio Cuello Calón, en la de Ciencias Morales y Políticas; Pedro Laín Entralgo, José Gay Prieto, Carlos Gil y Gil, Lorenzo Velázquez, en la de Medicina. Parcelas de un común campo, ramas que se unieron en el haz de un común homenaje al marino, historiador y bibliófilo D. Martín Fernández de Navarrete, en la primera reunión solemne de este año celebrada por el Instituto de España.

EL CONSEJO SUPERIOR
DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Que de esa unidad a que me refería surjan frutos sabrosos es de esperar. La representa, en otro orden cercano de cosas, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con sus archivariadas secciones y sus decenas de revistas periódicas, estrictamente profesionales, y su catálogo nutridísimo de publicaciones; la representa, también en otro orden de cosas, este mismo Instituto de Estudios Políticos, experiencia inédita de la que sería vano buscar antecedentes. Sólo ojeando a la ligera lo publicado en estos dos meses por los diversos Institutos del Consejo de Investigaciones Científicas me resultan: tres obras por el Instituto "Jerónimo de Zurita", de Historia; cinco por el "Nicolás Antonio", de Bibliografía; cuatro por el "Antonio de Nebrija", de Filología; dos por el "Gonzalo Fernández de Oviedo", de Historia hispanoamericana; una por cada uno de éstos: "Francisco Vitoria", de Derecho; "San José de Calasanz", de Pedagogía; "Santiago Ramón y Cajal"; "Juan Sebastián Elcano", de Geografía; "Diego Velázquez", de Arte y Arqueología; "Jorge Juan", de Matemáticas; Patronato "Juan de la Cierva" y Escuelas de Estudios Arabes de Madrid y de Granada. Y no cuento las obras en que no se menciona ninguno de los Institutos, pese a estar entre ellas los diez volúmenes de la *Antología de poetas líricos castellanos*, con los que prosigue el Consejo su empresa de dar a la luz toda la obra ingente de Menéndez y Pelayo, o el *Refranero del mar*, en el cual José Ceilla Iturriaga ha conseguido ofrecernos un total de más de diez mil refrancos y un libro que carece de par aun en naciones marineras por excelencia, como la Gran Bretaña, Holanda o Portugal, o la serie de textos de Plinio el joven, Virgilio, Cicerón, Salustio, Terencio, Tucídides y Homero, que la colección de "Clásicos Emérita" ha lanzado en estos días. Y no he dicho tampoco que entre las obras de los Institutos aparecen los nombres ilustres de Sánchez Alonso, con su *Historia de la historiografía española*; Sánchez Cantón, con los cinco volúmenes de *Fuentes literarias para la historia del arte español*; Joaquín de Entrambasaguas, con *La biblioteca de*

Ramírez de Prado; Allastrué y Castillo, con su *Bosquejo geológico de las cordilleras subbéticas*, que alcanzó en 1943 el premio "Juan de la Cierva"; Emilio García Gómez, que nos brinda un estudio sobre Abu Ishaq, de Elvira; el últimamente fallecido abad mitrado de Silos, P. Luciano Serrano, con su estudio sobre *Los Reyes Católicos y la ciudad de Burgos*; amén de otros nombres cuyas obras abarcan la filosofía, la teología, las ciencias sociales, el Derecho, la filología, las ciencias puras y aplicadas, la historia, la geografía... en una amplitud admirable que precisamente pretende expresar la revista general del Consejo, *Arbor*. Me considero, por todo ello, autorizado para afirmar que es aquí donde debe colocarse el acento del renacimiento cultural a que comencé aludiendo en esta crónica. Porque literatura, o pintura, o música, no nos han faltado con anterioridad, aunque, ciertamente, el campo estuviera hartamente abandonado y confiado el cultivo de las semillas a la mano del Señor, que cuida, sin duda, de los pajarillos y viste a los lirios de los campos, pero gusta también de que los hombres nos cuidemos un poco de nosotros mismos; pero es el caso que, en cuanto a la ciencia concierne, el panorama ofrece una absoluta novedad. Tengo presente a Unamuno, y lo que él llamaba "sabio a la española", esto es, hombre genial, hecho a trabajar y a vivir entre chispas de aciertos inimitables, pero con un desorden —y yo añadiría, un aislamiento— inauditos. Las excepciones que en seguida podrían citarse no pasarían de eso: de excepciones. Pero ahora el movimiento que adquiere caudal a partir del gigante D. Marcelino Menéndez y Pelayo se nos presenta como imponente avenida. Está a punto de aparecer en nuestra patria lo que nunca hemos conocido: el tipo de científico con una técnica y con ayuda. Con medios. El tipo de científico que no tenga precisión, al redactar sus memorias, de recordar a costa de cuántos dolorosos sacrificios pudo adquirir su primer microscopio o qué desesperanzados, interminables caminos hubo de recorrer hasta ver publicada la obra en que cristalizaron años de abnegada labor. Y porque mucho han vituperado irreductibles íberos, como el mismo D. Miguel, toda especie de investigación miope y meticulosa no estará de más recordar que alguien ciertamente no sospechoso de falta de casticismo, como

Maeztu, lloró sobre el día en que precisamente el desprecio de esa técnica consagró nuestra decadencia.

CONFERENCIAS Y CONFERENCIANTES.

Foco principalísimo de las inquietudes nacionales (y no ya sólo, y eso es lo triste, de orden intelectual) fué el Ateneo de Madrid, por el que, poco más o menos, ha pasado cuanto de bueno ha producido nuestra patria desde los balbucesos del siglo XIX, y en el que ahora venimos escuchando en la llamada "Aula de Cultura" ora charlas de nuestros artistas y críticos cinematográficos sobre este arte (en el que es de señalar la interesante experiencia de colaboración hispanoportuguesa lograda en la cinta "Inés de Castro"), ora a un Laín Entralgo disertar sobre el tema, tan caro para él, del "Paisaje de Castilla y sus inventores", tema que, digámoslo de paso, no por haber desaparecido la epidemia noventiochista que infeccionó nuestros medios literarios hará dos años, deja de presentar extraordinario interés, y más tratado por el catedrático de Historia de la Medicina en San Carlos; ora a un Emiliano Aguado, a un Eusebio García Luengo... De Emiliano Aguado convendrá decir algo, pues que, habiendo nacido realmente a la literatura durante el actual y tremendo conflicto, es, sin duda, una de las figuras más singulares del momento. Autor de una serie de obras que van desde el ensayo histórico o artístico al teatro —obtuvo el premio nacional de Teatro 1943— y al cuento, a través de tan variadas facetas ha podido siempre observarse la unidad de una personalidad entrañablemente poética, para la cual el que alguna vez denominé "rescate de lo humano" ha sido siempre esencial empresa, lograda a través de un estilo henchido de ternura, en el que las distancias se achican, y la voz pierde volumen, y el gesto amputosidad, y todo queda en íntimo coloquio; buen antídoto, sin duda, para el peligro que algún reciente neobarroquismo, hinchado y vacío, ha representado entre nosotros. Que es por lo mismo que me consuela este concurso de cuentos para niños, en que el excelente cuentista que es José María Sánchez-Silva ha obtenido el primer premio, y el segundo José Montero.

Alonso, premio nacional de literatura 1944 por su biografía inédita de Ventura de la Vega, como lo fué en 1929 con su *Antología de poetas y prosistas españoles*. Doy importancia a cualquier docta obra de investigación, sin duda; mas para nuestra cultura no se la concedo mucho menor a esa historia de Bolumba, Rey de los Negros, que Sánchez-Silva está dispuesto a contar a los niños españoles. Chesterton —ya lo sabéis— pensaba también así: Chesterton, lector de cuentos de hadas y escritor de maravillosos cuentos policíacos, que parecen de hadas, él mismo.

Pero nadie piense que por lo dicho voy a restarle importancia a cuanto no excite el sensible alborozo de los niños españoles. Las conferencias que se han dado en estos dos meses se encuentran en ese caso, y nadie puede regatearles interés. Menos que a ninguna a la serie organizada por el Colegio de Abogados de Madrid, a cargo de figuras destacadas del mundo jurídico portugués e hispanoamericano. La abrió el 9 de enero D. Rodolfo Reyes, ex Ministro de Justicia de Méjico y profesor de la Universidad mejicana, que trató de “Fisonomía jurídica mejicana”, fisonomía marcada fundamentalmente, dijo, por la huella española y después por la imitación de Francia y de los Estados Unidos, y reflejada en la Constitución de 1917 —marcadamente social, puntualiza, pero no comunista— y por instituciones como la del recurso de amparo, superior, como limitación de poderes, a los mismos sistemas anglosajones y cuyos antecedentes se encuentran en nuestras instituciones aragonesas; terminó el conferenciante abogando por un Derecho interhispánico y una ciudadanía plural. Siguieron D. Virgilio Sampognán, enviado extraordinario del Uruguay en España, con su interesante conferencia sobre el Tratado de Madrid de 1753 entre Portugal y España, y el embajador de Cuba, Sr. Orestes Ferrara, que habló de las ideas jurídicosociales de la Constitución cubana, que comparó con la anterior de 1901, como expresiones del individualismo la una y del creciente estatismo, al que aun la Inglaterra del Plan Beveridge parece haberse acogido, la otra. Al margen de ese ciclo, que continuará desarrollándose, podemos citar a D. Bernardo Rolland, ministro plenipotenciario de Francia, que habló en la Escuela Diplomática sobre “La actuación

del Marqués de Viliars, embajador de Luis XIV en España"; a Cordero Torres, que trató del "Futuro internacional de colonias y protectorados" en la Sociedad de Estudios Internacionales, cuyo XI aniversario se ha celebrado ahora; al agregado cultural de los Estados Unidos, Mr. John Van Horne, que en la Facultad de Medicina expuso la organización universitaria de su país; a D. José Yanguas Messía, catedrático de la Central, ex ministro de Estado y ex embajador de España cerca de la Santa Sede, que ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas estudió el informe por él emitido como árbitro, nombrado por España y Estados Unidos, con la anuencia de Italia e Inglaterra, para interpretar el artículo 19 del Convenio XIII de La Haya de 1907, aplicable a los buques de guerra italianos acogidos a puertos españoles en septiembre de 1943, y en el Colegio de Abogados estudió los "Aspectos jurídicos del proyecto de Dumbarton Oaks", comparable, dijo, con el de la Sociedad de las Naciones, con las ventajas a su favor de su flexibilidad, independencia de los tratados de paz y efectividad de coacción, y con el inconveniente —señaló—, ya indicado por el ex subsecretario de la Unión norteamericana Summer Welles, de poder constituir una amenaza para las pequeñas potencias, pues si *sum cuique* —terminó el conferenciante— no es *idem cuique*, tampoco es ningún ideal un mundo gobernado exclusivamente por cualquier pentarquía. Hay todavía el informe de Martínez Santa Olalla en la Sociedad de Antropología, Etnografía y Prehistoria sobre su personal intervención representando a España en el primer Congreso internacional de etnólogos, geógrafos y naturalistas del Oeste africano, celebrado en Dakar; una conferencia de Poch y Gutiérrez de Caviedes, catedrático de Derecho internacional, sobre "El mundo internacional y España en los siglos XVI al XIX", pronunciada en la Escuela diplomática; otra de José María Moro, secretario del Instituto de Estudios Políticos, sobre "La mujer y la política", y la del ex ministro de Hacienda y académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas D. José Larraz en la clausura del ciclo de conferencias económico-sociales organizadas en la Cámara Oficial de Industria. Esta versó sobre "La meta de dos revoluciones". Una es la rusa, o, mejor dicho —en Rusia, explicó, no hay nada de *démocratie*

egalitaire—, la de un partido que en 1939 no pasaba de constituir el uno y medio por ciento de la población total de la Unión Soviética. También ella, como todo el mundo, camina hacia un gremialismo fácil de prever. Pero mientras Inglaterra o Estados Unidos parten de su peculiar educación cívica y política, llegará a él el comunismo, que en sí no puede ser meta, a través de una sangrienta y dolorosa experiencia. La tragedia del continente europeo estriba en necesitar un punto de partida distinto. Pues si el mundo anglosajón no reconoce la singularidad de sus propias instituciones para renunciar a todo empeño de artificial y detallístico trasplante, será el comunismo el punto de partida de Europa, en vez de un principio de autoridad, del cual se pase por plazos (unos plazos que con motivo de la misma reorganización monetaria mundial se han tenido en cuenta) a una democracia gremial moderada por una aristocracia del trabajo, todo ello embebido del espíritu de Cristo, por lo cual “este economista que os ha hablado —terminó el conferenciante— concluye convidándoos a una gran movilización del espíritu y del corazón”.

LA JUBILACIÓN DE DON JOSÉ GASCÓN Y MARÍN

Conferencia, pero de carácter no poco distinto a las reseñadas, fué la de D. José Gascón y Marín en la Central. Huésped más que frecuente y —digámoslo en su honor— nunca para demasiado tiempo, de las mil y una librerías de lance que a lo largo de la calle Ancha de San Bernardo dan guardia a la Universidad Central, ha sido durante años el *Tratado de Derecho Administrativo*, de Gascón, obra con más que bastantes títulos para entrar en el Olimpo de los libros de texto sobre cuyas ediciones, incesantemente renovadas, se han curvado generaciones y generaciones de estudiantes. D. José Gascón y Marín, primer profesor de Derecho administrativo que hubo en España, ha cumplido ahora, al llegarle la jubilación, sus cuarenta y ocho años de cátedra. Durante ellos ha enseñado en Sevilla, en Zaragoza, desde 1916 en Madrid; también ha sido decano de la Facultad, consejero de Estado, de Instrucción Pública, del Instituto Nacional de Previsión, director ge-

meral de Primera Enseñanza, subsecretario de Instrucción Pública, ministro del mismo departamento... Lenguas se hacen los diarios de los 30.000 discípulos que, al parecer, le han escuchado durante su vida. Pero yo no soy demasiado amigo de las cifras; me produce, a decir verdad, más impresión pensar en un hombre cuyo magisterio comenzó antes de alborear el siglo, en 1897, y entre cuyos discípulos se cuenta cuanto de mejor ha producido España en el campo del Derecho público, hombre, además, cuya labor ha rebasado los linderos de lo nacional. Delegado del Gobierno en la Conferencia internacional del Trabajo, miembro de la Academia de Derecho Internacional de La Haya, presidente en 1936 de la Reunión de Estudios Superiores Internacionales que se celebró en Madrid, miembro en el mismo año del Congreso de Ciencias Administrativas de Varsovia, no es cosa de traer aquí el archimanido repertorio de Academias a las que pertenece, ni de distinciones, ni aun de obras, tanto más cuanto que la jubilación no puede haber señalado el fin de su actividad. En la Universidad, ante un auditorio donde junto a los estudiantes se sentaban el Presidente del Supremo, el rector de la Universidad y decanos de todas las Facultades, explicó la lección correspondiente al curso que venía profesando. Un esperanzado ¡Hasta mañana! la cerró. De que así será puede ser prueba, más que el título de decano honorario de la Facultad que después se le ha concedido, el saber que continuará en un seminario de especialidad su labor universitaria.

Y puesto que en la Universidad estamos, saltemos del viejo caserón de la calle Ancha a los horizontes distantes de la Ciudad Universitaria, en cuya Facultad de Filosofía y Letras se celebra un interesante ciclo universitario de Cine, y se anuncia para abril un curso de lengua, arte, literatura, etc., españoles, para extranjeros, con la colaboración del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y volvamos luego a la capital, en busca de las tertulias por donde arrastra su vida la presente novela y la actual poesía.

Ni de novela ni de poesía nos han venido apreciables muestras en estos dos meses, en los que únicamente ató nuestra curiosidad tal cual volumen de las inevitables "Obras completas" que vienen descargándose con abrumadora regularidad desde hace tiempo sobre nuestras cabezas. Ha tocado el turno esta vez a Concha Espina, a Gabriel Miró y a Valle-Inclán. Un turno bien escogido, pues que la prosa de la escritora montañesa, como la exquisita, prodigiosa de sugerencias no ya literarias, sino pictóricas, del levantino merecen el marco de libros de este tipo, y nada digamos de la del gran D. Ramón, cuya prosa tallada ha encontrado su mejor estuche en dos volúmenes primorosos, prologados, el de la prosa, ¿por quién sino por "Azorín"?, y el del teatro y la poesía, ¿por quién, también, sino por Benavente? Nada nuevo, como se ve, pues que de nuevo en estos dos meses sólo nos han llegado ciertas noticias de un movimiento que llaman los que lo han inventado *postismo*, con no sé qué complicadas caligrafías en el nombre y no sé demasiado bien qué complicadas razones en la defensa. Andan en ello Chicharro hijo, Carlos Edmundo de Orhy y Silvano Sernesi, y parece tratarse del último *ismo*, posterior al expresionismo y al surrealismo. Se ha dicho que se trata de un simple caso de anacronismo, de *creerse* en 1925. Uno prefiere no opinar, aunque sospeche, quizá, que en este mundo serio de 1945 los juegos de hace veinte años no acaben de encontrarse demasiado holgadamente acomodados.

* * *

Y con señalar la semana homenaje del gremio de libreros a Aunós con motivo de su *Biografía de París*, la conferencia que en justa reciprocidad dió el fecundísimo escritor sobre "El arte de ser librero", en que nos paseó por ese amable mundo de las librerías de lance, los bibliófilos y los bibliómanos, el homenaje que con ocasión del XVII aniversario de su muerte se rindió a Vázquez de Mella, orador admirable y conocido,

menos conocido como una de las más originales figuras del pensamiento tradicionalista, cuya vida fué hasta el fin llama consumida "en holocausto a los ideales de Dios, Patria y Rey", como dice la lápida colocada en la casa del paseo del Prado, en que vivió y murió, y, en fin, los premios anuales de literatura y periodismo sobre temas africanos que se han instituido para estimular el conocimiento de tierras en las que tanto nuestro hemos dejado, podemos dar por terminada esta crónica. Extensa, y aún más que extensa, pese a no haber pasado de un fugaz iluminar un panorama del que no pocas zonas habrán quedado forzosamente en la sombra. Esperemos que lo fundamental haya salido a la luz: ello, para mí, consiste en la realidad consoladora de que cuanto en la obra de Menéndez y Pelayo fué sólo recuerdo, empieza a convertirse en tangible presente: la ciencia española.

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO.

RECENSIONES

